

patrimonio de un acomodado propietario del período colonial, con noticias de interés sobre el tipo de vivienda rústica y urbana imperante en las regiones del Plata. Supone, por tanto, su publicación una aportación estimable para la historia de las instituciones sociales de la época, aun cuando de su lectura no pueda desprenderse ninguna enseñanza susceptible de generalización, pues para ello sería necesario revisar centenares y aun millares de documentos de este tipo, que fácilmente se encuentran entre los legajos de nuestro Archivo de Indias.

Antecedan al texto del documento unas líneas preliminares del señor Torre Revello, con atinadas observaciones sobre el carácter y valor de su contenido y con sumarias noticias sobre el propietario de los bienes enumerados en el inventario de referencia: un clérigo turbulento, cuya vida irregular le llevó a verse envuelto en un largo proceso, que motivó su encarcelamiento y una confiscación de su patrimonio.

J. Ors.

H. PIRENNE: *Les villes du Moyen Age. Essai d'histoire économique et sociale.*—203 págs.—Bruxelles, Lamertin, 1927.

Es un tema sobre el cual está el autor especialmente autorizado a hablar. Cuando alrededor del año 90 el origen de la constitución y de la economía urbanas se hizo tema de actualidad en la ciencia histórica (de Alemania principalmente; el país por excelencia en donde cuestiones estrictamente científicas poseen en sí atractivo suficiente para convertirse en objeto de ardorosa pugna multipersonal en terreno rigurosamente científico), Pirenne, el notable historiador del pueblo belga, tomó activa parte en la contienda. Sus aportaciones a dicha cuestión son de especial interés, por estar basadas en el estudio de las ciudades flamencas y ser, como es sabido, los Países Bajos, juntamente con el Norte de Italia, la región donde aparecen las primeras manifestaciones del gran proceso histórico, común a toda la cultura occidental, de renacimiento de la industria y del comercio, de creación en general de un nuevo estilo de vida.

El primoroso librito que ahora publica Pirenne en francés (en 1925 salió una edición inglesa del mismo) contiene el conjunto de conferencias sobre el tema dadas por el autor en diferentes Universidades de Norteamérica. Esta circunstancia explica el carácter preponderantemente expositivo del libro. Pirenne prescinde de toda controversia; ni siquiera en los numerosos casos —en los primeros capítulos singularmente—, en que su opinión propia se aparta por completo de la imperante, e incluso invierte totalmente los términos en que ésta viene tratando los problemas, hace el autor específica referencia a ella. Los resultados generales de la investigación hallanse, sin embargo, sabiamente incorporados en la artística y densa exposición que sucesiva-

mente va dando a conocer (cap. VI: "La formation des villes et la bourgeoisie"; cap. VII: "Les institutions urbaines"), los factores característicos de la economía y de la organización política de la ciudad y el interno enlace genético entre los mismos. Termina el capítulo últimamente citado (pág. 185) con una definición de la ciudad, tal como aparece en la época de su pleno desarrollo, que nadie tendrá inconveniente en aceptar: la ciudad medieval es "une commune, vivant à l'abri d'une enceinte fortifiée, du commerce et de l'industrie et jouissant d'un droit, d'une administration et d'une jurisprudence d'exception qui font d'elle une personnalité collective privilégiée".

Algunas afirmaciones de Pirenne habrán de ser necesariamente puestas en entredicho, sin embargo. Tal acontece en primer lugar cuando niega (pág. 121 y sigs) que el mercado haya dado nacimiento a la ciudad, atribuyendo, en cambio, el origen de ésta "a la situación geográfica junto a la existencia de una *civitas* o de un *castellum*". Para Pirenne la formación de una ciudad es un fenómeno dependiente del medio geográfico y social casi en el mismo grado que el curso de un río lo es del relieve del suelo (pág. 173 y sigs). Aunque no existiera concreta prueba de lo contrario, esta afirmación tan absoluta y general en boca de un historiador habría de producir extrañeza en la actualidad, superada como está ya la concepción positivista de la historia, de la que dicha frase nos evoca el genuino sabor. En principio se reconoce hoy la influencia del factor humano, de la enérgica voluntad individual en todos los ámbitos de la historia, incluso en sectores de la misma, como es la historia económica, en que la acción de la personalidad parece a primera vista no pueda ser creadora ni suficientemente intensa para imprimir determinado rumbo a la evolución. Pero, además, una prueba concreta de la influencia de la personalidad en la formación de las ciudades la ofrece Friburgo de Brisgovia en la Selva Negra (Vid. G. von Below, *Deutsche Städtegrundung im Mittelalter*, página 12 y sigs.) y, en general, todas las ciudades llamadas en Alemania "de fundación", por haber surgido, no a consecuencia de un proceso paulatino, sino en virtud de un acto del fundador.

El caso de estas ciudades, tan distintas por su origen de las que son mera continuación de los centros urbanos de la antigüedad, muestran, por otra parte, el errado e infecundo camino que siguen quienes se obstinan en exigir generalizaciones de la historia...

En cuanto a la relación causal entre mercado y ciudad, negada, como hemos dicho, por Pirenne, se evitarían, creemos nosotros, numerosos errores y falsas interpretaciones si claramente se hiciese constar en cada caso el criterio escogido para examinar dicha cuestión: lo que es exacto desde un punto de vista jurídico puede no serlo desde otro económico o social, y viceversa. En nuestro caso particular la relación *jurídica* entre mercado y ciudad —relación, por tanto, puramente ideológica, independiente de la relación cronológica— parece un

hecho fuera de discusión después del trabajo de Rietschel, *Markt und Stadt in ihren rechtlichen Beziehungen*, con el detenido examen comparativo que allí hace entre las instituciones jurídicas urbanas de los estatutos municipales, y sus gérmenes en los privilegios de mercado, más antiguos que aquéllos. Sumamente instructiva en este sentido es también la monografía de W. Spiess, *Das Marktprivileg*.

En los capítulos que tratan de la ciudad en sus diferentes aspectos es la obra reseñada una edición modificada, podríamos decir, de otra, más antigua, del mismo autor: *Les anciennes démocraties des Pays Bas*.

Más nuevos y originales puntos de vista contienen los primeros capítulos referentes a la evolución económica de la época anterior al nacimiento de las ciudades. Algunos de entre ellos, sin embargo (persistencia de la organización municipal en la época franca, pág. 15; importancia considerable del comercio merovingio, pág. 24; decadencia comercial, por el contrario, de la época carolingia, pág. 27 y siguientes, y, especialmente, del siglo de Carlomagno, pág. 40 y sigs.; significación de la reforma monetaria de Pipino el Breve, pág. 36 y sigs.), difícilmente habrán de encontrar acogida en la Ciencia; será necesario, en todo caso, que los fundamente con un mayor acopio de fuentes. Sólo entonces será ocasión de discutirlos más ampliamente. Entre tanto habremos de seguir ateniéndonos a las investigaciones fundamentales de Dopsch a este respecto, que, después de discutidas, podrán ser rechazadas en mayor o menor parte, pero no silenciadas, como hace casi siempre Pirenne.

Las mencionadas y otras afirmaciones del ilustre profesor de Gante son argumentos necesarios en apoyo de su tesis general, en sí muy sugestiva, según la cual la cesura o solución de continuidad en la evolución de la cultura material de Europa no fué tanto producida por las invasiones germánicas como por las de los árabes, algunos siglos más tarde, al adueñarse del Mediterráneo, centro en torno al cual florece la cultura en la antigüedad.

Que las invasiones germánicas no produjeron dicha cesura es cosa sabida hace ya tiempo. Pero, precisamente, si un pueblo que se establece en las entrañas mismas del Imperio y modifica esencialmente su régimen político y social no encierra fuerzas suficientes para quebrar el rumbo de su evolución económica, con mayor razón cabe pensar que tampoco pudo provocar tal solución de continuidad el pueblo islámico, cuya influencia en todos los órdenes actuó siempre desde fuera, como pueblo extranjero, extendido todo a lo largo de la frontera meridional de Europa. Y decir, como hace Pirenne (pág. 27), que el mundo occidental se ve obligado, a consecuencia de las invasiones árabes, a vivir "de su propia substancia", por quedar rotas sus relaciones comerciales con Oriente —lo que provoca, según el ilustre profesor, el retorno de Europa a la economía natural—, significa una superlativa estimación del comercio oriental, que no encuentra suficiente apoyo

en las fuentes. Las mercancías procedentes de Oriente son en su mayor parte artículos de lujo, cuyo comercio es incapaz de transformar el régimen económico de tan vasta superficie como la ocupada por los pueblos de la Europa medieval. No es aventurado afirmar que en lo fundamental, tanto antes como después de ser ocupado el Mediterráneo por los árabes, vivieron dichos pueblos "de su propia substancia". La transición de la economía natural a la economía monetaria que paulatinamente experimentaron no fué tanto debida al consumo de nuevos artículos exóticos como a la diferente manera de producir los que ya de antiguo venían siendo consumidos, u otros nuevos, pero elaborados con primeras materias europeas. No es menor la importancia económica actual del Atlántico que la del Mediterráneo en la época en cuestión, y, sin embargo, a nadie se le ocurrirá pensar que la interrupción del comercio europeo con América hubiera de sumir nuestro continente en un régimen de economía natural.

J. A. RUBIO.